

UN ITINERARIO DE ACCESO A LA SANTIDAD (Las costumbres de la Iglesia)

Agustín ya está bautizado y los temas que expone ya tienen este matiz y tienen una dinámica más apropiada para un creyente y confirma lo que él nos afirma: “Confieso que intento ser del número de esos que progresando escriben y escribiendo progresan” (Epístola 143, 2). Este dinamismo de escribir y progresar y de progresar y escribir es un buen motor para la vida de los creyentes y es, sin duda, una de las actitudes que proporcionan inquietud al estudioso porque le anima a ser siempre un neófito que está en proceso de aprender y de crecer.

En este libro de *Las costumbres de la Iglesia católica*, además, presenta la acción del Espíritu Santo en el proceso de santificación del hombre, como no podría ser de otra manera, es decir, la santidad no es cuestión de puños, el acceso a la santidad de Dios no es una cuestión de fuerza humana, aunque todos hemos de contribuir con nuestro granito de arena, pero es fundamentalmente obra de Dios, del Dios Santo, obra del Espíritu de Dios, que es el Santo por antonomasia. Ciertamente, si estamos atentos, nos daremos cuenta que a la mitad del libro se pone en evidencia ese cambio cuando habla de la santidad, ya no es que nosotros nos hacemos santos sino que el Espíritu nos da la santidad, y sus afirmaciones son sostenidas por un interesante entramado bíblico.

Esta obra es una de las que Agustín escribe para desenmascarar a los maniqueos y poner sobre aviso a sus lectores de la jactancia de los seguidores de Manes: “Estando en Roma ya bautizado, y no pudiendo soportar en silencio la jactancia de los maniqueos sobre la continencia o abstinencia falsa y falaz, con la cual, para cazar a los incautos, se tenían en más que los verdaderos cristianos, a los cuales no pueden compararse, escribí dos libros: uno sobre *Las costumbres de la Iglesia católica* y otro sobre *Las costumbres de los maniqueos*” (Las retractaciones 1, 7, 1). Nos habla de las costumbres, o mejor, de la fe puesta en práctica por la Iglesia y por los maniqueos. Es el escrito de un laico, pero es profundo su pensamiento aunque esté comenzando.

Tenemos que esperar al capítulo 13 para oírle hablar de la santidad, dando un nuevo giro a su pensamiento: “¿Será otra cosa, según esto, la vida santa, la vida que es itinerario de la felicidad, que el amor de la Virtud, de la Sabiduría y de la Verdad, pero amor con todo el corazón, con todo el alma y con todo el espíritu? ¿No será lo mismo la santidad que el amor perfecto de la inviolable e invencible Virtud, de la Sabiduría en la que jamás penetra la ignorancia y la insensatez y de la Verdad que ni cambia ni jamás existe de otra manera de como es eternamente? Esta verdad nos revela al Padre, como lo expresa Jesús: *Nadie viene al Padre si no es por mí*. La santidad nos une a Él. Totalmente penetrados del espíritu de la santidad, nos abrasamos en la plenitud y perfección de la caridad, que es la única que causa la unión y la semejanza con Dios, más bien que con el mundo, como lo significan estas palabras del Apóstol: *Dios nos predestinó con el fin de hacernos semejantes a la imagen de su Hijo*” (Las costumbres de la Iglesia 1, 13, 22).

Es verdad que para Agustín solo en el Sumo Bien, en Dios, se puede conseguir la felicidad, la vida y la plenitud y esta es una doctrina presente en Agustín desde el principio de su producción literaria y esto tiene mucho que ver con la realización y la santidad, pero en toda la primera parte se entretiene en desenmascarar los errores de los maniqueos, primero los exegeticos: “He tratado suficientemente, a mi parecer, en otros

libros sobre el modo de rebatir los ataques que, con tanta impiedad como ineptitud, dirigen los maniqueos contra la Ley o Viejo Testamento, y como es vana la jactancia que ellos afectan en medio de los aplausos del vulgo ignorante. De lo cual puedo también aquí hacer brevemente mención. ¿Qué hombre, por poco razonable que sea, no comprenderá que para la interpretación de las Escrituras se ha de acudir a los que tienen profesión de enseñarlas, y que puede suceder, o mejor dicho, sucede siempre, que muchos pasajes parezcan ridículos a inteligencias poco desarrolladas, mientras que, si hombres más sabios los explican, aparecen admirables y se reciben con tanta mayor satisfacción cuanto se ve era más difícil descubrir el pensamiento?” (Las costumbres 1, 1, 1), después se mete con disquisiciones antropológicas, donde Agustín rompe con la mentalidad platónica, aunque utilice ejemplos de ese entorno, como el del caballo y el caballero para defender la relación del cuerpo y el alma: “¿Qué bien puede existir superior al hombre? Es difícil saberlo si no se examina y resuelve antes cuál es la naturaleza del hombre. No se trata: aquí ahora de la exigencia de definir qué es el hombre, cuando casi todo el mundo, o por lo menos mis adversarios y yo, estamos de acuerdo en la afirmación de que somos un compuesto de cuerpo y alma. La cuestión es muy distinta. ¿Cuál de las dos sustancias que he mencionado es la que constituye realmente al hombre? ¿Son las dos, o el cuerpo solamente, o sola el alma? El cuerpo y el alma son dos realidades distintas y ni la una sin la otra es el hombre; no es el cuerpo sin el alma que le anima, ni el alma sin el cuerpo la que da la vida. Y, a pesar de esto, puede suceder que una de las dos sea el hombre y así se llame. ¿A qué llamamos, pues, el hombre? ¿Es el cuerpo y el alma, unidos como dos caballos al tiro de un carruaje o a la manera del centauro? ¿Es el cuerpo solo, puesto al servicio del alma que lo rige, a: la manera de como damos el nombre de lámpara, no al fuego y al vaso unidos, sino al vaso solamente, por razón del fuego que contiene? ¿O es el alma por razón del cuerpo, que ella dirige, como no llamamos caballero al hombre y caballo juntos, sino sólo al hombre, por la unión con el caballo que gobierna? Es difícil dar un juicio decisivo sobre la cuestión; y si a la razón le es fácil, no lo haría sin un largo razonamiento; y, por otra parte, no hay necesidad alguna de hacerlo ni de alargar la discusión. Pues ya se designe con la palabra hombre el cuerpo y el alma unidos, ya solamente el alma, el sumo bien del hombre no es el sumo bien del cuerpo, sino el sumo bien de los dos o de sólo el alma” (Las costumbres 1, 4, 6).

Posteriormente Agustín habla del alma y dice que el alma es buena si tiende a la virtud, y, en último término, a Dios, que es el origen de toda virtud: “No hay quien ponga en duda que es la virtud la perfección del alma. Lo que con razón se puede preguntar es si la virtud subsiste por sí misma o sólo adherida al alma... Es necesario, pues, que la virtud subsista fuera del alma, o, si no se quiere ver en ella nada más que un hábito o cualidad del alma sabia cualidad que sólo subsiste en el alma, la dirección a la conquista de la virtud tiene que ser hacia otra cosa distinta del alma; pues, a mi entender, si la dirección del alma es hacia la nada o hacia algo necio o insensato, se sale del verdadero camino de la sabiduría. Esa otra cosa que yendo el alma en busca de ella la hace sabia y virtuosa es el hombre sabio o el mismo Dios. Pero ya se dijo que este bien debe ser de tal naturaleza, que no se nos pueda arrebatarse contra nuestra voluntad. ¿Y quién duda que el hombre sabio, aun en el supuesto que nos baste la dirección hacia él, se nos puede arrebatarse sin nuestro consentimiento y aun a pesar de nuestra resistencia? Esta otra cosa, pues, es Dios, y nada más; tendiendo hacia Él, vivimos una vida santa; y si lo conseguimos, será una vida, además de santa, feliz y bienaventurada” (Las costumbres 1, 6, 9-10). Como podemos observar lo dicho quiere decir que el hombre será santo si tiende a Dios y si consigue darle alcance.

Esta especie de unidad entre felicidad, realización y santidad nos está además indicando que para Agustín llegar a la plenitud y a la santidad es el mismo proyecto, pero que para lograr este objetivo necesitamos la ayuda de Dios: “¡Oh, qué providencia tan noble, excelente y digna la de Dios y cómo encierra en sí la verdad que buscamos! No lo podremos comprender jamás si, comenzando por las cosas humanas y que nos tocan de cerca, no somos fieles a la fe y preceptos de la verdadera religión y no seguimos el camino que nos ha abierto y fortificado Dios con la elección de los patriarcas, la promulgación de la Ley, los oráculos de los profetas, el misterio de la encarnación, el testimonio de los apóstoles, la sangre de los mártires y el establecimiento de la Iglesia en todas las naciones. Por lo cual no se me vuelva a pedir en adelante mi opinión personal; prestemos más bien oído atento a estos oráculos y sometamos con docilidad a las palabras de Dios nuestra débil razón” (Las costumbres 1, 7, 12).

Agustín es consciente que no puede llegar a Dios por su cuenta y que cuando es llevado hasta allí, la razón es incapaz de mirar y tiene la tentación de huir: “Hasta aquí nos ha podido guiar la razón, ya que de lo humano posee, si no la certeza que nace de la verdad, al menos la seguridad que da el hábito; pero al llegar a lo divino desvía de ello su vista, no tiene serenidad para verlo, y emocionada, ardorosa y jadeante de amor y como deslumbrada por los resplandores de la luz de la verdad, por cansancio más bien que por elección, se vuelve a su familiaridad con las tinieblas. ¡Qué temible y tremendo sería que el alma se debilitase más allí donde, cansada, ansía el descanso! ¡Que la inefable Providencia divina ofrezca a la vista de los que aun quieren volverse a sumergir en las tinieblas la sombra de la autoridad y la acaricie con los hechos maravillosos y las palabras de los libros santos, que como signos y sombras suavizan los resplandores de la verdad!” (Las costumbres 1, 7, 11; cfr. Confesiones 7, 10, 16).

Para llegar a Dios, para llegar a la perfección, a la santidad, es necesario escuchar a la Iglesia y obedecer lo que nos pide. Será necesario en primer lugar empaparnos de las Sagradas Escrituras, evangelizar la propia vida y fiarnos de la autoridad de la Iglesia: “La razón, en efecto, descubre su debilidad, en que, después de haber caminado sola, tiene necesidad del recurso a la autoridad como confirmación de lo que ella ha establecido. La inteligencia humana, oscurecida por las tinieblas que como un velo la ciegan en la noche de los vicios y pecados, e incapaz de contemplar con firmeza la claridad y pureza de la razón, necesita el salubérrimo recurso de la autoridad, como sombreada con ramos de humanidad, para fijar la mirada débil e insegura del alma en la luz de la verdad. Pero como tengo que habérmelas con enemigos que sienten, hablan y obran contra el orden natural y cuya máxima suprema es que la razón debe ser invocada antes que todo, me acomodaré a su manera de, ver y seguiré su método, aunque, a mi parecer, en las discusiones sea vicioso. Me será dulce y deleitable imitar, según mis fuerzas, la mansedumbre y dulzura de Jesucristo, que consintió revestirse del mal de la muerte misma, de la que nos quería liberrar” (Las costumbres 1, 2, 3).

En Dios alcanzamos la felicidad. ¿La alcanzamos? ¿Somos nosotros? Parece que nuestro lenguaje es tan imperfecto que nos traiciona en más de una ocasión. En Dios encontramos la felicidad, pero se nos da, se nos regala, no la conseguimos, se nos ofrece y se nos regala. En Dios está. Para llegar ahí, la Iglesia es la que nos ayuda, la que nos lleva de la mano y nos deposita en Dios. Por nuestra parte, lo que queda es el acto de fe y hemos reflexionar sobre él, sabiendo que también esto es don divino, el acto de fe es

don de Dios, es regalo, aunque también tenemos que decir una palabra nosotros: “¡Oh, qué providencia tan noble, excelente y digna la de Dios y cómo encierra en sí la verdad que buscamos! No lo podremos comprender jamás si, comenzando por las cosas humanas y que nos tocan de cerca, no somos fieles a la fe y preceptos de la verdadera religión y no seguimos el camino que nos ha abierto y fortificado Dios con la elección de los patriarcas, la promulgación de la Ley, los oráculos de los profetas, el misterio de la encarnación, el testimonio de los apóstoles, la sangre de los mártires y el establecimiento de la Iglesia en todas las naciones. Por lo cual no se me vuelva a pedir en adelante mi opinión personal; prestemos más bien oído atento a estos oráculos y sometamos con docilidad a las palabras de Dios nuestra débil razón” (Las costumbres 1, 7, 12).

Para hablar de la santidad, Agustín comienza recordando a Mateo 22, 37: “Amaras al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma, con toda tu mente”. De tal manera que santidad y amor van de la mano y se acompañan mutuamente. Ahora ya el lenguaje está impregnado de amor, ya el lenguaje racional, que nos da una inmensa seguridad, es reemplazado y se ve claro que ha cambiado de ruta y de dinamismo. El amor hace que el hombre se mueva con agilidad, en todas las facetas de la vida: “¿Qué regla de vida nos da el Señor en su Evangelio, y después de Él el apóstol Pablo? Los maniqueos no se atreven a condenar estas Escrituras. ¡Que oigamos con atención y respeto, oh Cristo, qué fin o felicidad nos prescribes! ¿No será, sin duda alguna, el mismo al que nos ordenas dirigimos con todas las fuerzas del amor? *Amarás* dice, *al Señor tu Dios*. Decidme todavía cuál es la medida de ese amor, pues temo arder en el deseo y amor de mi Dios más o menos de lo que conviene. *Le amarás*, me dice Él, *con todo tu corazón*, y esto aun no basta. *Le amarás con toda tu alma*. Ni esto es suficiente aún. *Le amarás con toda tu mente*. ¿Qué más quieres?” (Las costumbres 1, 8, 13). Aquí está la clave, en amar a Dios, pero amarle sin medida, sin poner límites a este amor, hay que amar a Dios sin cortapisas, totalmente: “Si, como he dicho, nos mantenemos en esa frontera, nos alcanza el calor de ambos fuegos y nos inflamamos en el amor de ambos. Pero cuanto más nos abraza y acendrea este fuego del prójimo, tanto mejor nos impele a buscar un más puro amor de Dios. Aquí ya no se nos impone ninguna medida de amor, ya que la medida es amar sin medida. No hay, pues, que temer que nos excedamos en amar de más a nuestro Señor, hay que temer el amarle de menos” (Epístola 109, 2).

Evidentemente hay que ver lo que significa la santidad y parece que para Agustín significa desear a Dios, querer poseerle o mejor dejarse poseer por Dios, pero esto es un misterio inmenso, el deseo del corazón es un abismo y la posesión una locura. Poseer a Dios como propiedad, tenerle para mí, sabiendo que es para todos. Quedarnos en éxtasis, contemplando y disfrutando, pero parece que es por ahí por donde camina Agustín, de hecho dice: “Buscar a Dios es ansia o amor de la felicidad, y su posesión la felicidad misma. Con el amor se le sigue y se le posee, no identificándose con Él, sino uniéndose a Él con un modo de contacto admirable e inteligible, totalmente iluminado el ser y preso con los dulces lazos de la verdad de la santidad. El solo es la luz misma; nuestra luz es iluminación suya. El camino de la felicidad es el primero y principal precepto del Señor: *Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón y con todo tu espíritu. A los amantes de Dios todo coopera a su bien*. Es por lo que a continuación añade el mismo San Pablo: *Estoy seguro que ni la muerte ni la vida, ni los ángeles ni las potestades, ni las cosas presentes ni las futuras, ni lo que hay más alto ni lo que hay de más profundo, ni criatura alguna, nos podrá separar del amor de Dios, que es Cristo*,

Señor nuestro. Se dice que a los que aman a Dios todo se ordena a su bien; y, por otra parte, nadie duda que el sumo bien, o el bien más excelente, debe ser amado de tal modo que supere a: todo otro amor, y que éste es el sentido de estas palabras: *Con todo el alma, con todo el corazón y con todo el espíritu; ¿quién, pues, se atreverá a poner en duda, establecido y firmemente creído esto, que sólo Dios es nuestro sumo bien, y que su posesión debe preferirse a todo, y que toda prisa es poca para conseguirlo? Además, si no hay nada que nos pueda separar de su amor, ¿qué habrá ni mejor ni más seguro que este bien?*” (Las costumbres 1, 11, 18). Y a continuación hace una descripción de la santidad, como un amor que se encamina a Dios, como si lo dicho no nos mete de lleno en Dios y en su amor: *“Para los llamados, dice, Jesucristo es la Virtud y la Sabiduría de Dios. ¿Cómo? No dice Jesús de sí mismo: Yo soy la verdad? ¿Será otra cosa, según esto, la vida santa, la vida que es itinerario de la felicidad, que el amor de la Virtud, de la Sabiduría y de la Verdad, pero amor con todo el corazón, con todo el alma y con todo el espíritu? ¿No será lo mismo la santidad que el amor perfecto de la inviolable e invencible Virtud, de la Sabiduría en la que jamás penetra la ignorancia y la insensatez y de la Verdad que ni cambia ni jamás existe de otra manera de como es eternamente? Esta verdad nos revela al Padre, como lo expresa Jesús: Nadie viene al Padre si no es por mí. La santidad nos une a Él. Totalmente penetrados del espíritu de la santidad, nos abramos en la plenitud y perfección de la caridad, que es la única que causa la unión y la semejanza con Dios, más bien que con el mundo, como lo significan estas palabras del Apóstol: Dios nos predestinó con el fin de hacernos semejantes a la imagen de su Hijo”* (Las costumbres 1, 13, 22).

Ciertamente la santidad consiste en unirse a Dios y esto solo se puede conseguir mediante el amor, aunque también podemos decir que la santidad enciende la caridad, que nos adhiere plenamente a Dios y no permite que nos separemos de Él, como hemos visto en el texto anterior. Podríamos afirmar conforme a lo expuesto, que la santidad es la unión con Dios, pero una unión amorosa: “Siendo Dios el sumo bien del hombre, lo que no podéis negar, se sigue que la vida santa, que es una como dirección del afecto al sumo bien consistirá en amarle con todo el corazón con toda el alma y con todo el espíritu; lo cual preserva de la corrupción y de la impureza del amor, que es lo propio de la templanza; lo que le hace invencible a todas las incomodidades, que es lo propio de la fortaleza; lo que le hace renunciar a todo otro vasallaje, que es lo propio de la justicia y, finalmente lo que le hace estar siempre en guardia para discernir las cosas y no dejarse inficionar subrepticamente de la mentira y el dolo, que es lo propio de la prudencia. Esta es la única perfección humana que consigue gozar de la pureza de la verdad y la que ensalzan y aconsejan a una ambos Testamentos” (Las costumbres 1, 25, 46).

La unión entre Dios y el alma es tan fuerte que nadie la puede romper porque es un estado de santidad perfecta e inalterable, pero no se da esta unión en todos: “¿Podrá alguien, ni aun con amenazas de muerte, separarnos de Dios? ¿Acaso lo mismo que le ama puede morir, si persiste en su amor, cuando la muerte misma es no amarle, que es lo mismo que ir el amor con preferencia en seguimiento de algo distinto de Él? Tampoco habrá nadie que deshaga nuestra unión con Él, prometiéndonos la vida; pues no, hay nadie que pueda prometernos agua separándonos de la fuente misma. ¿Logrará el ángel romper la unión, siendo su poder muy inferior al del alma a Dios unida? Ni la Virtud tiene poder para deshacer tal unión; porque, si el texto se refiere a la Virtud que tiene alguna influencia o poder en este mundo, es cosa notoria que el alma unida a Dios trasciende en absoluto al mundo entero; si, por el contrario, dice referencia a la virtud como afecto rectísimo de nuestro mismo espíritu, en este caso ella misma coopera a

nuestra unión, aunque exista en otro; y si radica en nosotros, ella misma la realiza. Ni las aflicciones presentes tienen eficacia para causar tal rotura, pues se nos hacen tanto más ligeras y soportables cuanto más estrecha es la unidad que tratan de deshacer. Y lo mismo cabe decir de la promesa de los bienes futuros, ya que Dios es quien promete con más seguridad y certeza que nadie todo bien futuro; y, por otra parte, ¿dónde hay algo mejor que Dios, siempre presente a quienes con Él están verdaderamente unidos? La alteza y profundidad no son tampoco suficientes para desbaratar la unión; porque si estas palabras significan la alteza y profundidad de la ciencia, me guardaré muy bien de la curiosidad, que me aleje de Él, y ninguna doctrina, con pretexto de librarme del error, me separará de Él, ya que nadie yerra sino quien de Dios se desvía. Si, por el contrario, estas palabras indican las cosas superiores e inferiores de este mundo, ¿quién sería capaz de prometerme el cielo con el fin de alejarme del que lo ha creado? ¿Tendrá acaso el temor del infierno poder para destruir la unión, cuando ni aun sabría qué es el infierno si no me hubiera separado de Dios jamás? Y, finalmente ¿qué lugar destruirá tal unión de amor, siendo así que no estaría Dios todo en todas partes si alguna le pudiera con tener?” (Las costumbres 1, 11, 19).

Pero volvemos a repetir que esta santidad que nos une a Dios, se activa por la caridad, es la caridad la que va haciendo que nuestra unión con Dios adquiera un nivel radical y es tan fuerte que no se puede romper fácilmente: “Es, pues, la caridad la que produce nuestra semejanza con Dios; y así, conformados y como sellados con el sello de la divina semejanza y segregados o separados del mundo, no volvamos a mezclarnos jamás con las criaturas, que deben ser siempre nuestras esclavas. Esto es obra únicamente del Espíritu Santo. *La esperanza nunca se frustra*, dice San Pablo, *pues la caridad de Dios se ha difundido en nuestros corazones por el Espíritu Santo que se nos ha comunicado*” (Las costumbres 1, 13, 23). Pero a pesar de lo dicho, hemos de reconocer que en este momento, el camino de la santidad es seguir en la búsqueda de Dios y tratando de unirnos a Él: “Cuanto más distante de Dios, no por distancia local, sino por el afecto y deseo de las cosas a Él inferiores, más es su ceguedad y miseria; el amor, al contrario, la vuelve a Dios, amor que desea con ansia que el alma sea su esclava, no igual a Él... Debe, pues, reconocer el alma que es una simple criatura, y ver a su Creador tal y como es, subsistiendo eternamente en la inviolable e inmutable naturaleza de la verdad y sabiduría, y confesar que ella puede estar sujeta a la ceguedad ya la mentira por causa de los errores mismos de los que con tanta ansia desea verse libre. Y aún hay más: debe ponerse en guardia, no sea que el amor de alguna criatura es decir, de este mundo sensible, la separe del amor de Dios, que la santifica para hacerla sumamente feliz. No nos separará, pues, ninguna otra criatura, ya que nosotros mismos lo somos, del amor de Dios, que es Cristo, Señor nuestro” (Las costumbres 1, 12, 21).

Si con el amor nos unimos a Dios y es el amor el que nos hace identificarnos con Él, este amor no puede ser algo que se inventa el hombre o que consigue con sus fuerzas, sino que este amor tiene que venir de Dios, por lo que podemos afirmar que la santidad viene de Dios. Será el Espíritu Santo el que deposita este amor en el corazón del creyente. Pero lo mejor de toda esta reflexión teológica es que el Dios que nos santifica, por el Espíritu, es el Dios Trinidad: “Es, pues, la caridad la que produce nuestra semejanza con Dios; y así, conformados y como sellados con el sello de la divina semejanza y segregados o separados del mundo, no volvamos a mezclarnos jamás con las criaturas, que deben ser siempre nuestras esclavas. Esto es obra únicamente del Espíritu Santo... Nuestra renovación por el Espíritu Santo no se podría realizar si no permaneciera Él siempre el mismo en su integridad e inmutabilidad... Es,

pues, un sagrado deber el amar a Dios, una. Una unidad que es trinidad, Padre, Hijo y Espíritu Santo; que no es otra cosa que la existencia misma. Dios es la existencia primera, *de la que proceden todas las existencias, por la que todas son producidas y en la que todas existen...* Porque cuanto es más universal y perfecto el conocimiento, tanto es con más ardor querido y amado. Con este amor avanza el género humano con seguridad y firmeza hacia la vida más perfecta y feliz. Cuando se trata de las costumbres y de la vida, creo no puede irse más lejos a buscar cuál es el sumo bien del hombre, al que todo debe ir dirigido. Es claro, como se ha demostrado por la razón y por lo que vale más, la autoridad divina, que no es otro que el mismo Dios. ¿Puede ser otro el sumo bien del hombre fuera de aquel cuya posesión le asegura la felicidad? Este bien es sólo Dios, al que únicamente nos une el afecto, el amor, la caridad” (Las costumbres 1, 13, 23-14, 24).

En esta unión con Dios por el amor, desempeñan un papel fundamental las virtudes cardinales, en cuanto a la virtud dice Agustín: “Como la virtud es el camino que conduce a la verdadera felicidad, su definición no es otra que un perfecto amor a Dios. Su cuádruple división no expresa más que varios afectos de un mismo amor, y es por lo que no dudo en definir esas cuatro virtudes (que ojalá tengan tanto arraigo en los corazones como sus nombres en las bocas de todos) como distintas funciones del amor. La templanza es el amor que totalmente se entrega al objeto amado; la fortaleza es el amor que todo lo soporta por el objeto de sus amores; la justicia es el amor únicamente esclavo de su amado y que ejerce, por lo tanto, señorío conforme a razón; y, finalmente, la prudencia es el amor que con sagacidad y sabiduría elige los medios de defensa contra toda clase de obstáculos. Este amor, hemos dicho, no es amor de un objeto cualquiera, sino amor de Dios, es decir, del sumo bien, suma sabiduría y suma paz. Por esta razón, precisando algo más las definiciones, se puede decir que la templanza es el amor que se conserva íntegro e incorruptible para solo Dios; la fortaleza es el amor que todo lo sufre sin pena, con la vista fija en Dios; la justicia es el amor que no sirve más que a Dios, y por esto ejerce señorío, conforme a razón, sobre todo lo inferior al hombre; y la prudencia, en fin, es el amor que sabe discernir lo que es útil para ir a Dios de lo que le puede alejar de Él” (Las costumbres 1, 15, 25).

El amor, por tanto, es regalo divino, aunque se convierte en reto para el hombre. Agustín nos da datos sobre las virtudes vinculadas al amor, pero no hace un tratado sistemático de ellas, resalta un aspecto u otro para que al creyente le sirva para su vida espiritual. En definitiva, Agustín nos presenta las virtudes como medios para caminar en el amor hasta la santidad, por eso nos hace una descripción de cada una de ellas y nos indica la función que desempeñan en la vida espiritual del que aspira a la santidad. Veamos sintéticamente algo de cada virtud:

La templanza. ¿Qué es? El amor íntegro e incorruptible solo para Dios. ¿Qué función tiene? Purificar las pasiones: “Pongamos primero la atención en la: templanza, cuyas promesas son la pureza e incorruptibilidad del amor, que nos une a Dios. Su función es la represión y pacificación de las pasiones, que ansían lo que nos desvía de las leyes de Dios y de su bondad, o lo que es lo mismo, de la felicidad. Allí, en efecto, tiene su asiento la verdad, cuya contemplación, goce e íntima unión hace, sin duda, dichosos, como, al contrario, los que de allí se apartan se ven cogidos en las redes de los mayores errores y aflicciones” (Las costumbres 1, 19, 35). Se trata de superar el hombre viejo, ayudar al hombre nuevo y referirlo todo a Dios: “Despojarse del hombre viejo y vestirse del nuevo. Esta es la función de la templanza: despojar del hombre viejo y

renovarnos en Dios, es decir, despreciar todos los placeres del cuerpo y las alabanzas humanas y referir todo su amor a las cosas invisibles y divinas” (Las costumbres 1, 19, 36). La templanza nos ayuda a usar las cosas, a ser moderados, que es un adelanto de lo que será la doctrina del Uti et frui. Aquí podemos leer: “Pero el hombre moderado encuentra en ambos Testamentos una regla de vida que le rija dentro de esta multitud de bienes caducos y pasajeros, que le envuelven y amenazan cegar le, y es la siguiente: No se debe amar ninguno ni creerlo deseable por sí mismo, sino servirse de ellos únicamente según las necesidades y deberes de la vida, con la moderación de un usufructuario, no con la pasión de un alma enamorada. Basta ya con lo dicho de la templanza; poco, es verdad, si se tiene en cuenta la importancia de esta materia; pero quizás sea mucho para el fin que me he propuesto” (Las costumbres 1, 21, 39).

La fortaleza. ¿Qué es? Es el amor que estando fijo en Dios, todo lo sufre. Es un amor intenso. La fortaleza completa la obra de la templanza y hace que dejemos al margen los otros bienes: “Poco tengo que decir sobre la fortaleza. Este amor de que hablamos, que debe inflamarse en Dios con todos los ardores de la santidad, se denomina templanza, en cuanto no desea los bienes de este mundo, y fortaleza, en cuanto de ellos nos despega. Pero de todo lo que se posee en esta vida es el cuerpo lo que más fuertemente encadena al hombre según las justísimas leyes de Dios, a causa del antiguo pecado” (Las costumbres 1, 22, 40). La fortaleza nos libra del miedo porque es un amor fuerte: “Pero cuando, llevada de este amor, el alma se entrega a su Dios, vuela libre y generosa sobre todos los tormentos con las alas hermosísimas y purísimas sobre las que se apoya en su vuelo apresurado al abrazo castísimo de su Dios. ¿Consentirá Dios que el amor en los que aman el oro, la gloria, los placeres de los sentidos, tenga más fuerza que en los que le aman a Él, cuando aquello no es ni siquiera amor, sino pasión y codicia desenfundada? Sin embargo, si esta pasión nos muestra la fuerza del ímpetu de un alma que, sin cansancio y a través de los mayores peligros, se va hacia lo que ama, es también una prueba que nos demuestra cuál debe ser nuestra disposición para soportarlo todo antes que abandonar a Dios, cuando tanto se sacrifican éstos para desviarse de Él” (Las costumbres 1, 22, 41).

La esencia de la fortaleza está en la potencia del amor, que es omnipotente: “¡Cuán grande realidad es la caridad, pues, si falta ella, ninguna otra cosa aprovecha! Compárala no con tu fe, no con tu ciencia, no con tu lengua; compara la caridad con cosas menores: con los ojos de tu cuerpo, con la mano, el pie, el vientre, alguna de las extremidades; ¿hay punto de comparación entre la caridad y estas insignificancias? Ahora bien, ¿el ojo y la nariz te los ha dado Dios, pero te has dado a ti mismo la caridad? Si te has dado a ti mismo la caridad, superior a cualquier otra cosa, has devaluado a Dios ante ti. ¿Qué más puede darte Dios?... ¿Quién me la ha dado a mí, quién te la ha dado a ti? Dios. Reconoce que es él quien la da para no experimentar su condena. Si damos fe a las Escrituras, es Dios quien te ha dado la caridad, bien grandioso; la caridad que supera todos los demás. Es Dios quien te la ha dado, puesto que *la caridad de Dios ha sido derramada en nuestros corazones...* ¿por ti, tal vez? ¡Ni hablar! *Por el Espíritu Santo, que se nos ha dado*” (Sermón 145, 4). Es cierto que la pasión amorosa tiene una fuerza enorme y así lo reconoce Agustín: “*Poned vuestro corazón en su fortaleza*. No por tener apariencia de piedad rechazéis su fortaleza, sino *Poned vuestro corazón en su fortaleza* ¿Cuál es la fortaleza de esta ciudad? El que quiera entender la fortaleza de esta ciudad, piense en la fuerza de la caridad. Eh ahí la fortaleza que nadie vence. Ningún vaivén de este mundo, ninguna riada de tentaciones extinguirá su fuego. De ella se dijo: *Fuerte es el amor como la muerte*. Como a la

muerte, cuando llega, no se le puede hacer frente con ninguna clase de habilidades, ni medicamentos a los cuales recurras; no, la acometida de la muerte no la puede evitar quien ha nacido mortal, así contra la fuerza del amor nada puede el mundo” (Comentario al salmo 47, 13).

La justicia. ¿Qué es? Es el amor que ejerce señoría sobre todo lo que no sea amor a Dios. En el fondo la justicia consiste en servir a Dios con alegría. La justicia empuja a cumplir lo que Dios quiere con amor y prontitud: “¿Qué diré de la justicia que tiene por objeto a Dios? Lo que dice nuestro Señor: *No podéis servir a dos señores*; y la reprensión del Apóstol a quienes sirven más bien a las criaturas que al Creador, ¿no es lo mismo que lo dicho con mucha antelación en el Viejo Testamento: *A tu Señor Dios adorarás y a El solo servirás*? ¿Qué necesidad hay de citar más, cuando todo está lleno de semejantes preceptos? Esta es la regla de vida que la justicia prescribe al alma amante, de que se trata: servicio pronto y con la mejor buena voluntad al Dios de sus amores, que es sumo bien, suma sabiduría y suma paz; y todas las demás cosas, las rija y gobierne, parte de ellas como sujetas a él y parte como previendo que algún día lo estarán” (Las costumbres 1, 24, 44). Pero la justicia tiene también un carácter transformante, porque, también en este caso, el motor es el amor y convierte al hombre en morada de Dios, en templo de Dios: “El espectáculo que veían sus ojos ¿no era únicamente para horrorizarse? ¿qué había allí, en aquella fealdad, digno de admiración y amor, sino la integridad de la hermosura de la justicia? He aquí los bienes de la casa de Dios; prepárate para ser saciado con éstos. Pero para que cuando llegues te sientas saciado por ellos, te conviene que mientras estás en el destierro, sientas hambre y sed de ellos. De esto debes sentir sed, de esto hambre, porque estos serán los bienes de la casa de Dios. Escucha a aquel rey a quien se dicen estas cosas, y que vino a encaminarte, y se hizo por ti camino: ¿Qué es lo que dice? *Dichosos los que tienen hambre y sed de justicia, porque serán saciados. Tu santo templo es admirable por la justicia*. Y este templo, hermanos, no lo penséis fuera de vosotros. Amad la justicia y ya sois vosotros el templo de Dios” (Comentario al salmo 64, 8). En definitiva es justo el que en su corazón alberga a la Trinidad. Justicia y ser justos son elementos que con frecuencia no se ponen en relación, como si la justicia estuviese en relación con lo social y el ser justo con lo teológico, pero nada más lejos de la realidad. En Agustín los dos términos están íntimamente relacionados, porque ve la justicia desde la órbita de la santificación y de lo que el hombre justo experimenta como habitado por Dios.

La prudencia. ¿Qué es? Es el amor que sabe distinguir lo que nos lleva a Dios. Es un amor sagaz. Tiene que ver con el discernimiento: “Poco será también lo que diga de la prudencia, que no es otra cosa que el descubrimiento del objeto de nuestros amores y de nuestros odios. Bástenos saber que sin ella no se puede hacer bien nada de lo anteriormente dicho. Es propio de ella la vigilancia y diligencia para no ser seducidos, ni de improviso ni poco a poco; y es por lo que el Señor muchas veces nos repite: *Estad siempre en vela y caminad mientras dura la luz, para que no os sorprendan las tinieblas*” (Las costumbres 1, 24, 45).

Al final del libro Agustín habla de la vida monástica y de lo que descubrió en los distintos monasterios: “Existe, además, en la Iglesia católica otro orden de cristianos que merecen igualmente mis alabanzas; me refiero a aquellos que viven en comunidad, dentro de las ciudades, una vida cristiana muy distinta de la vida ordinaria. Yo mismo conocí en Milán una comunidad de santos regida por un sacerdote santísimo y sapientísimo; en Roma supe de muchas comunidades regidas siempre por quien más

sobresalía entre ellos en gravedad, prudencia y ciencia de lo divino, y vivían juntos una vida cuya respiración eran la caridad, la santidad y libertad cristianas; y con el fin de no ser carga los unos de los otros, se sustentaban, según costumbre del Oriente y ejemplo de San Pablo Apóstol, del trabajo de sus manos” (Las costumbres 1, 33, 70). Lo que nos dice es que allí ha encontrado ejemplo de vidas santas, como para mostrarnos que es posible que se de esa unión del hombre con Dios y nos exhorta a ponernos en camino de santidad. Son ejemplos de concordia, laboriosidad y austeridad, a los que se puede imitar en una vida así. En definitiva, para Agustín en este momento la santidad es la unión perfecta y armoniosa del creyente con Dios. El creyente así se aleja del mundo, con lo que se cumple lo que etimológicamente es ser santo, que tiene que ver con lo separado, lo consagrado: “Porque nadie goza de aquello que conoce a no ser que también lo ame. Pero gozar de la sabiduría de Dios no es otra cosa que estar unido a El por el amor, y nadie permanece en aquello que percibe sino por el amor, y por esto el Espíritu se llama Santo, porque todo lo que es *ratificado*, es *ratificado* de modo permanente, y no hay duda de que la palabra *santidad* proviene de *ratificar*” (La fe y el símbolo 19).

Evidentemente la santidad es una gracia, esto no se puede poner en duda. El protagonista en el proceso de santidad es el Espíritu Santo, es decir, en la creciente unión amorosa con Dios. Como ya sabemos por nuestra parte, es bueno la práctica de las virtudes cardinales, que son senderos de amor que conducen a la santidad, que es obra de Dios en el hombre, es decir, pura gracia: “Hemos oído cuál es lo que debemos amar y en qué medida. Este es el fin de la dirección y referencia de todos nuestros pensamientos. Dios es para nosotros la suma de todos los bienes, es nuestro sumo bien. Ni debemos quedarnos más acá ni ir más allá: lo primero es peligroso, y lo segundo, la nada” (Las costumbres 1, 8, 13).